

DIARIO UNIVERSAL

MADRID.—AÑO III. NÚM. 777.

Pasaje de la Alhambra.

Miércoles 8 de Marzo de 1905

San Marcos, 37.

Número suelto, CINCO céntimos

CARNAVAL Y CUARESMA

Una razón de ser. Iglesia y Estado reprimiendo. Genuinidad. Barbarie reprimida. Lo que quieren los neos. El dulce pecado. Antitesis

Soy de los que creen que el Carnaval ya no tiene razón de ser; la tuvo como todo lo que fué, y la tuvo grande: era una especie de despedida a la existencia normal, que iba a interrumpirse por seis y media semanas de forzado, forzoso y muy duro yugo de una religiosidad impleable.

Los modernos no podemos tener idea de lo que era la Cuaresma antigua, la de los tiempos en que la Iglesia dominaba como absoluta señora, y lo mismo se imponía a los reyes que a los vasallos.

Cesaba todo movimiento de la vida activa, paralizándose en gran parte el tráfico y los labores; cesaba toda diversión ó recreo por lo común que fuese, ya público, ya privado en el hogar; cesaba el mismo lujo y gala en el vestir, la música, el can-can, el paseo, y también la ordinaria alimentación que pudiendo constar de carne en seis días de la semana, en otros tantos había de ser de rigurosa vigilia durante la Cuaresma.

Al que hubieran visto cazar, leer un libro profano ó recrearse en tales días, por honestamente que lo hiciera, le habrían tratado con severidad inapellable y tilándolo de mal cristiano ó de sospechoso de herejía, que era tanto como hacer el vacío en su derredor.

Cómplice de la Iglesia en estas represiones forzadas era el poder civil, que a gusto de aquella dictaba leyes muy duras y también no poco depresivas para la libertad y la dignidad humana. El hogar era inspeccionado minuciosamente por esbirros que a cualquier hora podían invadirlo atisbando lo que en él se hacía, registrarle de arriba abajo en busca de carnés ocultos, ver y probar los guisados, humearlos y removerlos para formular al menor indicio una denuncia, que llevaba aparejada tremenda sanción.

De ahí la costumbre de asar sardinas, cuyo fuerte olor despistaría a los vecinos espionas ó malvivos y a los mismos esbirros, cubriendo el tufo de los guisados de carne subrepticios que confeccionaba secretamente en el hogar la necesidad poco justificable ó la secreta irreligión de los habitantes.

En España, aun a fines del siglo XVIII, andaban los corchetes, como decía el vulgo, y ha quedado en frase proverbial, «olendo donde guisan» de parte de la autoridad. Toda persona pudiente que daba un convite en Cuaresma, aunque fuese en domingo, día hábil para comer carne, mas no para mezclarla con pescado, tenía que sufrir la molesta inspección de un delegado del corregidor, que se instalaba en la cocina para vigilar lo que en ella se hacía y evitar que ni aun sustancias prohibidas se mezclasen a los guisados.

Naturalmente, un doblón de á cuatro ó de á ocho, más un hartazgo de condumio y una borrachera, todo propinado por el dueño de la casa, solían volver tolerantes a aquellos pobres diablos de corchetes, cuando no eran unos fanáticos intratables.

¿Teatros? ¿Bailes? ¿Reuniones domésticas? Ni pensar. El domo, el tresillo, la malilla y el rentoy, la inocente Lotería sobre la mesa de lujo ó sobre la camilla de verde tapete alumbra por el velón de cuatro mecheros ó de uno sólo de las fortunas, todo cesaba: la tertulia de la trastienda ó de la rebotica se quedaba en suspenso ó se convertía en rosario ó corona dolorosa; el paseo había que acortarlo para llegar a tiempo a la misión; no podían usar trajes vistosos las damiselas y los caballeros; hasta se cubrían los cuadros algo profanos que hubiese en los hogares y se encerraban los libros de recreo bajo llave; las novias no admitían la plática de sus cortejos sino por pocos minutos y temblando, bien que les exigían ir a la misma novena que ellas; ciertas relaciones se interrumpían, las sendas del pecado quedaban interceptadas y toda expansión entredicha.

Esto cuando ya rodaba por el mundo el filosofismo de la Enciclopedia, pendiente de un hilo la gran Revolución de Francia y ya todo preparándose para una radical transformación; cuando ya no se cumplían, vigentes aún, antiguas leyes, pragmáticas y reales ordenaciones que inspiraba la Iglesia, y que tenían más de bárbaras ó intolerantes que de humanas. ¿Qué habría sido antes? La historia nos lo dice.

En toda Europa la represión cuaresmal había sido tremenda y tiránica en extremo, como dictada por el espíritu de la teocracia. En algunas comarcas no podían celebrarse matrimonios. Hasta el siglo XI los Tribunales de justicia se cerraban en Cuaresma, no se usaban armas ni se viajaba sin excepcional necesidad; nadie, ni aun los niños de tres años, estaba exceptuado del ayuno riguroso; la mayor parte del día se pasaba en las iglesias, se cerraban las tabernas, porque beber un poco de vino quebrantaba el ayuno; sólo se comía una vez cada veinticuatro horas y de vigilia; no había bula para nadie; al que se le veía comer carne en Cuaresma no se le dejaba comulgar en Pascua y pagaba la pena de no hacerlo; esto era bárbaramente despótico.

Pero había más: las tropas ayunaban como los paisanos, y ¡hasta los enfermos! Una capitular de Carlo Magno impuso pena de muerte al que comía carne en Cuaresma; en Polonia se llegó a castigar este horrendo delito arrancando los dientes al culpable. En París, en 1575, no se vendía carne en Cuaresma al que no exhibía certificado del médico; comer huevos estaba tan prohibido como el comer vaca... ¡Ahí quieren llevarnos los neos, esa es la restauración católica por la que trabajan desesperadamente, la que quieren realizar por etapas, pero reduciendo toda.

Comprendo las locuras del Carnaval. La misma Iglesia, que ahora las condena desde el púlpito, en las funciones

de desagravios que practica en Carnaval, y a las cuales no va casi nadie afortunadamente, era la que entonces las promovía. ¿Quién daba en Roma la señal de comenzar los Carnavales más locos y pecaminosos que el mundo conocía? El mismísimo Papa desde su balcón del Quirinal, que entonces habitaba.

Era una concesión necesaria y presente para no exasperar al pueblo y que lo arrollara todo. Hoy mismo, las Ordenes monacales siguen ese sistema. En vísperas de lo que llaman ejercicios, semana ó mes de retiro fatigoso y enervante, permiten un día de juego, alboroto y libertad casi completa; dicen que para permitir al espíritu que tome fuerzas.

Se comprende el Carnaval de aquellos tiempos, y asimismo otra cosa, a saber: lo dulce, lo amable y lo atractivo que hacían estas austeridades forzadas, y sólo forzadas e impuestas, el retorno al pecado, es decir, a la vida ordinaria, cuya vuelta implicaba la de la libertad de pecar en razón directa, como todas las explosiones, de la presión antes padecida, y esa es la razón de aquel dicho popular: «Tozan á gloria! Pues tocan á pecar». Era cierto, hasta el punto de que precisaba vigilar mucho a las multitudes para que no cometieran grandes excesos al toque de *Alléluia* en Sábado Santo y en toda la Pascua.

Después de todo, quien oprime demasiado y luego afloja, tácitamente permite el delito.

Era, pues, lógico el Carnaval; pero ¿ahora? ¿Qué es nuestra Cuaresma? Sonillamente, nada. No caen las ciudades en el silencio de los cementerios como antes; sigue todo su curso ordinario, hay diversiones, reuniones, paseos, viajes, espectáculos y pecado libre; no se ayuna, porque no es ayunar privarse de la promiscuación y de comer carne ó pescado en el desayuno y en la cena; no se come de vigilia más que una vez a la semana; médicos y confesores dispensan a todo el mundo, nadie se mete a fiscalizar el domicilio y cada quise que hace lo que le da la real gana en su casa y donde quiere.

No estamos, pues, en Carnaval abocados a una represión paralizadora y aplastante; no tenemos que tomar fuerzas; la Cuaresma ha muerto felizmente para todos, y ¡singular antitesis! Carnaval y Cuaresma, creados ambos por la Iglesia, el uno persevera sin razón de ser hoy cuando ella lo maldecía, y tal vez porque lo maldecía, la otra se va cuando más aquella la quiere restaurar. De dos creaciones eclesiásticas, sobrenada la favorable a la libertad, la humana, contra el gusto del Papado, y a disgusto, suya también naufraga la otra: la religiosa y tiránica bien dicen que a la caída el triunfo es de la represión y a la larga de las libertades. *El padre Franco.*

POR TELEGRAMA

EL HUERTO DE LAS FRESAS

DE NUESTRO CORRESPONSAL

Una señora asesinada

— Valencia 8. En la calle de Alboraya existe un huerto llamado *de las fresas*, que era propiedad de doña Remedios Martínez Catalá, viuda del pintor D. José Villar. Había sido arrendada esta finca hace muchos años a un sujeto apellidado Valero, y parece que doña Remedios había dispuesto últimamente transferir a las monjas de un convento colindante.

Cuando el arrendatario se enteró sufrió tan grande disgusto, que falleció hace tres ó cuatro días.

Ayer llegó al huerto doña Remedios, acompañada del procurador de las monjas. Llamaron a la puerta y abrió ésta un hijo del desgraciado Valero, quien al ver a los recién llegados tomar medidas y tirar líneas, se desesperró.

Después de concluir la misión que los había llevado a la finca trataron de retirarse y la propietaria subió al carruaje. El joven Valero Salabert cogió rápidamente una escopeta y disparó sobre doña Remedios, cayendo la pobre señora al suelo con el pulmón atravesado por una bala y falleciendo antes de llegar al Dispensario.

El autor del hecho huyó en seguida de realizar el crimen relatado; pero a las dos de la madrugada se presentó al Juzgado confesándose autor de la muerte de doña Remedios Martínez.

Tiene Valero Salabert treinta y cuatro años, es soltero y había nacido en el huerto que consideraba como cosa suya.—*Ll.*

LECTURAS PARA LA MUJER

OBRAS FEMENINAS

La colaboración de la mujer en las obras de cultura y de educación es siempre importante, pudiera decirse que indispensable, pues responde de tal modo a su espíritu, a su delicadeza, que los mismos que la desprecian la buscan ansiosos cuando otras benéficas se trata.

En 1794 se fundó en Madrid la insignie y Real Sociedad Económica, que asoció por primera vez a las mujeres a sus tareas. El ejemplo fué seguido más tarde por la Asociación Internacional de la Cruz Roja, y ahora por la Unión Iberoamericana, que con el apoyo de S. M. la reina madre, Doña María Cristina, y S. AA. la princesa de Asturias (de grata memoria), las princesas de Baviera y las infantas Doña Isabel y Doña Eulalia, ha creado una Comisión especial de señoras con objeto de difundir la cultura femenina entre España y lo que podríamos llamar la América española.

Los fines de esta institución consisten en ocuparse de la buena educación en general, de mejorar las costumbres con su ejemplo y sus luces, de introducir el amor al trabajo, a la confraternidad y al fomento de la industria.

Durante algunos meses esta Comisión, compuesta en su mayoría de damas de la nobleza, de intelectuales y de profesoras, ha celebrado frecuentes reuniones, y ya empiezan a verse los resultados prácticos de su trabajo, pues en breve se abrirán las nuevas escuelas de educación popular.

Las industrias, la agricultura y las enseñanzas prácticas, que tan olvidadas están en España, tendrán todo su desarrollo en estas escuelas, que por su espíritu amplio, creemos han de romper con esa rutina donde se ahogan los progresos de nuestra pedagogía, si es que tenemos algo de pedagogía que no sea copia servil y mal adaptada de otros países.

A continuación de esto, según vemos en la bien escrita Memoria que de esta Sociedad ha redactado su incansable secretario D. Jesús Pando y Valle, la Comisión de damas propone contribuir al esplendor del Certamen de 1907 con una instalación de artes y oficios femeninos.

Mad. Pauline Savari, que organizó en París en 1902 la Exposición de Artes y Oficios femeninos, se encargará de una de las Secciones. Los nombres prestigiosos de las damas españolas y el de Mad. Savari, son una garantía de éxito para esta futura Exposición.

Para que la obra resultase completa podría intentarse algo encaminado a dar una Exposición permanente de estas obras femeninas, donde las damas pudiesen comprar directamente las labores a las productoras, evitando la explotación de que son víctimas.

Es una idea que no hago más que abocetar, y que si es acogida por la Comisión de damas, sería muy fácil desarrollarla y llevarla a la práctica. *COLOMBINI*

POR TELEGRAMA

La penetración pacífica en Marruecos

DE NUESTRO CORRESPONSAL

Las reformas de Francia ante el Maghzen

— Tánger 7. Noticias de Fez que alcanzan al 24 del pasado Febrero dan cuenta de haberse celebrado solemnemente la primera conferencia del enviado francés Taillandier con todos los miembros del Maghzen y los 45 notables marroquíes delegados para conocer las proposiciones de Francia.

La víspera de la conferencia los reunió el sultán, encargándoles siguieran muy atentamente las negociaciones y se penetraran bien de las proposiciones, comunicándole luego su opinión colectiva.

Coméntase favorablemente la asistencia de todo el Maghzen y el que sea la primera vez que un representante extranjero negocia con todos los miembros del mismo reunidos.

Interpretase esto como una prueba de que las proposiciones serán tomadas en consideración, y que en principio se aceptará por el sultán el programa de reformas formulado por Francia.

Taillandier expresó claramente la situación de Francia respecto de Marruecos y todo el alcance que tiene el plan de reformas propuesto.

Todos los asistentes a la conferencia le escucharon con gran atención.

Hasta ahora no es conocido el texto de las reformas.—*J. T.*

Literatura regional aragonesa

La brillante constelación, recientemente aparecida ó descubierta, de novelistas aragoneses, cuya estrella polar es López-Alleu, cuenta aún con otros planetas de primera magnitud, no tan conocidos como los citados en mis anteriores artículos, pero cuyos primeros destellos no son únicamente de los que hacen concebir esperanzas, sino de los que significan una positiva y cierta realidad.

Me refiero a Mariano Turmo y a Rafael Pamplona, cuyas novelas *Miguelón* y *Quartel de indios*, alcanzaron, respectivamente, el segundo y el tercer premio en el Concurso de novelas abierto en 1903 por la casa editorial Henrich, de Barcelona.

Mariano Turmo es hijo nativo de Barbastro, provincia de Huesca; estudió en Zaragoza la carrera de abogado, dedicándose a la vez al periodismo, en el que llegó a ocupar distinguidos puestos, como la dirección del *Diario Mercantil*, que abandonó al salir emigrado para Filipinas, de donde no regresó hasta la pérdida de nuestras colonias.

Emigrado, no obstante, de la tierra aragonesa, porque desde entonces, según mis noticias, reside en Barcelona, nos ofrece con su primer libro la nota simpática de no haber olvidado el terruño que fué su cuna. *Miguelón* es una novela *barbastro* en la que con tal exactitud están copiados los personajes y los cuadros, con tal propiedad sentido y expresado el asunto, que no es extraño que haya parecido inverosímil y haya producido desagradable impresión, según afirma el Sr. Ibarra, a quienes no están bien impregnados del ambiente de la comarca aragonesa donde se desarrolla la acción.

Otras pruebas tanto, indudables, del talento literario de Turmo. Un drama en *Antigua*, libro que llegó a mis manos hace pocos meses, es una preciosa novela corte redactada en estilo correcto y fácil, abundante y castizo, de asunto un tanto humorístico y personalista de tal relieve, que bien merecería ser conocida de los lectores. Contrasta notablemente con esta novela, de carácter genuinamente español, un cuento de marcado corte extranjero, que con el título de *La lanzadera*, termina el citado libro. Este cuento, en el que el joven escritor manifiesta haber querido ejercitarse en la narración de lo escabroso, intento que trajo consigo la evolución del novelista, lo cual sería tanto más de lamentar cuanto que su alma española, francamente revelada en *Miguelón*

ruel, obra notabilísima del *Folk-lore* aragonés, acaso la más importante de su género, en aquella obra, y la que consagró por completo el detenido examen que merece.

No ha sido en nuestros tiempos la patria de los Argensola tan fecunda en poetas como en novelistas.

Luis Ram de Viu, el único que pudiéramos apuntar, brillante por su inspiración pura y sana, llena de vigor juvenil y de aura popular, según la expresión del malogrado Royo Villanova, yace por voluntario aislamiento poco menos que en el olvido de los mismos que fueron sus admiradores. Sus libros *Floras de invierno* y *Horas de luz*, este último publicado hace diez años, han sido por su propio autor retirados de la circulación sin que sea posible conseguir un ejemplar, ni leer ya del notabilísimo poeta más que alguna que otra poesía mística de las que de tarde en tarde aparecen en alguna publicación religiosa.

Aragón tiene, de todos modos, derecho a él, y por eso le cito, aun contra su misma voluntad y sin que me duela que le importunen en su retiro estos cargos de culpa tan dignos de quien ha podido ser el primer poeta de su generación y no ha querido serlo por esa mal entendida humildad que resta amores y glorias a la patria.

Buono que Aragón, conservando su tradicional carácter, sea más bien tierra de huertos que de jardines; pero justo es también que no falte nunca alguna flor para premiar con su rico aroma el jardín silencioso del fruto.

Mariano Miguel de Val.

LA GACETA DE HOY

Consejo de Ministros. Reales decretos de personal. Hacienda. Real orden declarando que no pro-

cede exigir a los vermouths los impuestos como aguardientes compuestos y licorosos. —Otra disponiendo inspector especial de la venta del alcohol en la provincia de Castellón a don Sebastián Buesiti Borrás.

GOBERNACIÓN.—Reales órdenes de personal. —Otra resolutoria de una instancia referente a los emolumentos que los médicos directores de los sustitutos han de abonar a los jubilados. —Otra ídem sobre modificación del núm. 2.º de la Real orden de 14 de Febrero último y se disponga que el Concurso de inspectores de aguas minero-medicales se verifique antes del conconvocado para el próximo día 9 del corriente.

AGRICULTURA.—Subasta de las obras de terminación del trozo segundo al cuarto de la sección primera de la carretera de Algodonales a la de Ronda (Cádiz).

Relación de los servicios prestados por la Guardia civil durante Enero último, respecto a guardería forestal.

POR TELEGRAMA

PIO X Y LOS PREDICADORES

DE NUESTRO CORRESPONSAL

No hay que hacer política

— Roma 7. El Papa ha recibido hoy, siguiendo la costumbre anual, a todos los predicadores de las iglesias de Roma.

Su Santidad les recomendó que se abstuvieran de profetizar ninguna alusión política en los sermones que predicaran durante la Cuaresma.—*Gallardo.*

PARÍS

DIVIRTIÉNDOSE

Hoy vuelve el tiempo triste y húmedo y nublado por la mañana ha llovido, ha salido el sol, la nebulosa vuelve a medio día. Pero ayer, domingo, la suerte protegió al Carnaval é hizo una tarde espléndida de primavera. El Carnaval... En *El Asador* he visto una columna, donde Burell se duele de que concluya la Semana Santa de Sevilla. Pero de solo esto lo que se nos va. Todo se va y en todas partes. Por eso es triste nuestra época de transición, en que asistiendo a la muerte de lo antiguo no vemos asomar el vivir nuevo, y ni aun sabemos en qué consistirá lo nuevo.

Ayer, aquí en París, también se pudo hablar de algo desaparecido. El gran boulevard no presentaba su aspecto de ordinario, porque presentaba peor. Mientras el boulevard habitual, despreciosamente alegre, distinguido, elegante, casi no se veía, y aun la misma mundana de alto bordo parecía haber volado hacia otra parte, una pobre y pobremente vestida, muchedumbre dominguera, vomitada sobre la amplia vía, por Au Bon Marché, por Le Printemps, por La Samaritaine, por todos los almacenes, escritorios, depósitos del enorme comercio parisiense, invadía las aceras del boulevard tirándose confetti. Desde las cuatro hasta las siete no hice sino ir y venir desde el bulevar de la Magdalena hasta el de San Martín. No vi de máscaras en el largo trayecto sino dos pobrecitos arlesianos, dos niños vestidos de zuecos y otro doblemente disfrazado de torero, porque como torero y como niño iba la criaturita para que no la conociera nadie. Una mujer, desde lo alto de un tabladillo, ofrecía narices, queredos y bigotes, y muchos *cañotes* compraban esto y se disfrazaban en un santiamén y en plena calle. Pero el consumo de los papillitos era, en cambio, tremendo.

—*¡A dios se lo lleve!*—gritaban unos vendedores.—*A dios se lo lleve!*—gritaban otros.—Y la muchedumbre carnavalesca—á diez céntimos el litro, medidos como las castañas, y á dos reales el paquete—arrebataba los papillitos que caían en los cuerpos de hombres y mujeres y después en el suelo para almorzar el *tretoir*.

Pero esta gente, encerrada y atareada todo el día, durante toda la semana, si que disfrutaba de firme. Reía como loca y recibía y arrojaba con fuegos y estruendos risas la lluvia de *confetti*. Y no hay nada que provoque la pena de los observadores como este pobre innumerable rebaño del París trabajador, que por nada perdona entre ellos el *monieur* y el *madame*, y que se cree elegante con su ropa de bazas, sus sombreros de á ocho reales y sus cuellos y sus puños postizos.

Cada día que pasa uno en estas grandes poblaciones se convence más de la entidad imponderable de desdicha que encierran. Así como Madrid es, relativamente, una de las más pobres capitales de Europa, y es, relativamente, la que tiene, entre todas, más currujes de lujo, así es también, en la masa general de sus vecinos, de los pueblos que se divierten más. Más de tres millares de millones en oro tiene en sus nuevas alcántaras el Banco de Francia, enorme cantidad á la que jamás se aproximara, encoque alguno; quizá llegue á veinticinco el número de monedas de oro que guarde nuestro Banco de España; pero hay que recordar al involuntario muestro Bisco, á aquel encanto de cronista, cuyas observaciones tan profundas se consideran tantas veces como ingeniosas fantasías: las dos pesetas tiradas merendando en la Bombilla dan más placer que el oro del bulevar, que no es precisamente para todos los que viven sobre el bulevar. El Domingo de Carnaval, ayer, ha sido menos recojido en París que en Madrid, y menos en Madrid que en Valencia, y en Valencia menos que en una población más chica, Cádiz como es mucho más barato el día del santo de uno en la familia, que el día de la más grande fiesta nacional.

Se va el Carnaval; pero antes de irse él se le apartan los que pueden gozarse. Se marcha la Semana Santa; pero antes se apartaron de ella las gentes distinguidas. Es la compensación: allá, donde no hay ferrocarril, en la aldea solitaria, aún se viste de máscara el vecino, que por su modo de andar va á delatarse; aún se llevan las flores á María; aún se alza la cruz de Mayo y se arma el nacimiento. Verdad que en esa aldea no hay *congragos* ni *canarios* eléctricos, como en Madrid; ni metropolitano, como en París y en Londres.

—Todo está hecho para lo mejor, en el mejor de los mundos posibles.—Panglossos aseguraba...

Yo no sé en estos tiempos lo que el sabio aquél preferiría, si pasar el domingo de Carnaval entre la lluvia de *confetti* del espléndido bulevar de Capuchinos, ó oyendo el tamboril en plena plaza de Villapobres de Abajo.

Glaudio Frolo.

POR TELEGRAMA

LAS ELECCIONES EN LUGO

DE NUESTRO CORRESPONSAL

Preparando la lucha

— Lugo 8. En los distritos de Monforte, Fonsagrada y Villalba, donde se celebrarán elecciones provinciales, hay gran marejada por efecto de no dejar los conservadores puestos a los liberales.

Estos están indignados y presentan candidatos en todos los distritos.

Ayer terminó la reunión de la Junta del Censo, nombrándose dos interventores liberales para cada Sección en los partidos de Fonsagrada y Monforte y cuatro en Villalba.

Mariano.

Montañamiento de Madrid

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es lo mismo hilar que trabajar. Esta es la nación de la inutilidad del esfuerzo.—Así filosofa Antonio Palomero, que escribe á diario desde los quince años, y él mismo cree que no tiene voluntad para que no lo amargue demasiado la vida su filosofía.

—Tal vez nuestro vivir, como el de D. Alonso Quijano el Bueno, es un combate inabarcable, sin premio, por ideales que no veremos realizados... *Azorín*, que no vive sino para el combate, escribe así. No se cansa. Hiere el yunque con su martillo firme y vibrante, pero alguna vez piensa que son más felices que él los mo-

—Desagüense, querido Bello; ¡para qué moverse, para qué proyectar? Aquí se llega a saber una cosa: que es

[illegible]